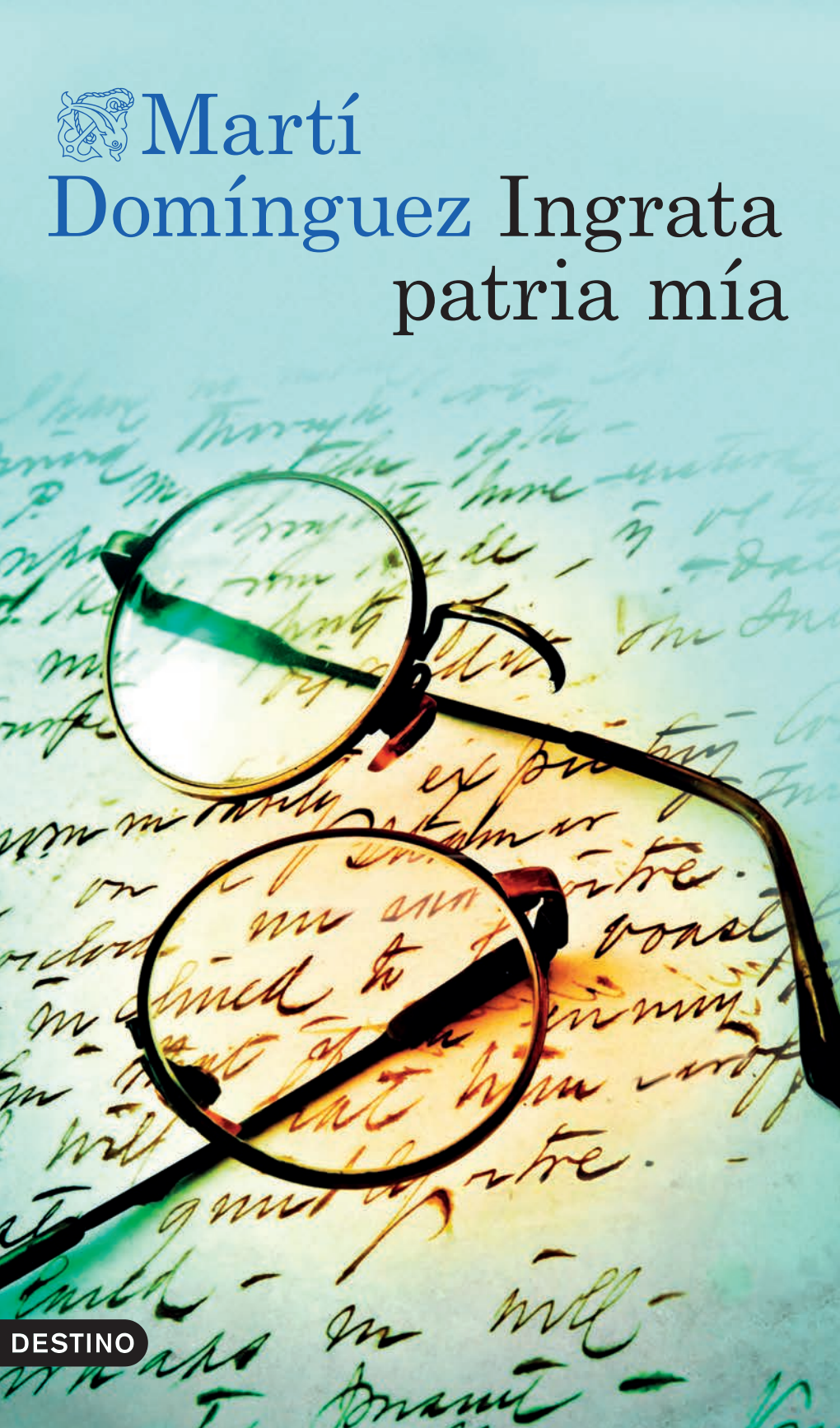
Martí Domínguez

Ingrata patria mía



DESTINO

Ingrata patria mía

Martí Domínguez

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1712

Título original: *Ingrata pàtria*

© Martí Domínguez Romero, 2025

© Raval Edicions, S. L. U., 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.edestino.es

Primera edición: octubre de 2025
ISBN: 978-84-233-6843-3
Depósito legal: B. 15.415-2025
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Limpergraf, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I

El capitán y yo salimos del cuartel en dirección al campo de tiro. Camina a paso firme, unos metros por delante, y me apresuro para alcanzarlo. Su figura es imponente; me supera por una cabeza, y a su lado me siento insignificante. El camino serpentea alrededor del cuartel antes de abrirse en una recta polvorienta que nos conduce a nuestro destino, donde seguramente ya nos esperan. Tal vez por eso está de mal humor, pienso. Siempre le avisan tarde y mal. Nos acompaña un grupo de reclutas del regimiento de artillería, muchachos jóvenes, casi adolescentes, obligados a presentarse voluntarios. Se los nota relajados, incluso animados. De no ser por la disciplina, probablemente estarían riendo y gastando bromas, pues, al fin y al cabo, es sábado por la tarde y el día invita a la distracción. A cada paso nuestro, el polvo blancuzco se alza y se adhiere a nuestras botas, cubriendo también los almendros y algarrobos que crecen en las márgenes del camino. Es un trayecto muy transitado, desgastado por incontables idas y venidas.

Al principio, el capitán y yo andamos en silencio,

aunque siento la urgencia de hacerle algunas preguntas. Es la primera vez que me enfrento a algo así, y estoy inquieto. Cuando me han llamado a la enfermería, me he dicho que era inevitable, que tarde o temprano este momento llegaría. Me he armado de valor y he decidido aceptar mi destino. Esta plaza es evitada precisamente por eso: por las tareas que poco tienen que ver con la práctica médica. Y aquí estoy, descolocado, obligado a desempeñar un papel que jamás imaginé cuando decidí estudiar Medicina. Eso fue hace apenas unos años, aunque ahora parecen siglos.

Miro al capitán. Es un hombre seco, moreno, disciplinado hasta la médula. Vacilo antes de abrir la boca, me aclaro la garganta. Parece apurado y no quiero importunarlo, pero finalmente me atrevo:

—¿Qué ocurre si hay más condenados que soldados?

Una pregunta a bocajarro, no demasiado pensada. El capitán me lanza una mirada fugaz, sin girar del todo la cabeza. Parece incómodo, como si no esperara que hoy hubiera ejecuciones. Sus ojos me escrutan por un momento, tratando de descifrar quién soy. Esa mirada, pienso, es como un diagnóstico rápido, algo que conozco bien. Tal vez mi falta de marcialidad le ha causado una mala impresión. Nunca he destacado por mi físico, ni mucho menos. Desde niño, siempre he tenido que esforzarme para ganarme la estima y el respeto de los demás. Para él, soy solo el médico nuevo, y seguramente se plantea si tendré el temple necesario para lo que nos espera. Lo que quizá no sabe es que

vengo de una guerra larga, de esas que te desgarran el alma.

El capitán se limita a seguir caminando en silencio. Por un momento, pienso que no me ha oído. Me siento insignificante, casi molesto conmigo mismo por haber preguntado. Justo cuando estoy a punto de insistir, responde con sequedad:

—Lo haremos por tandas.

El tono es tan brusco que me duele. Me irrita su manera de responder, pero trato de no mostrarlo. Después de todo, la pregunta es razonable. Tal vez por eso, o por cierta incomodidad, decide añadir algo más:

—A veces son más de veinte. En una ocasión fueron cincuenta, tres camiones llenos. —Habla sin mirarme, con la vista fija al frente—. Necesitamos cinco tandas esa vez, pero lo hicimos. Eso sí, nos llevó varias horas. Los condenados esperaron su turno dentro de los camiones. Si fueran cien, también lo haríamos. Sin problemas.

Pienso en ese «sin problemas» y siento un nudo en el estómago. ¿Cuántos serían necesarios para que aparecieran los problemas? ¿Cien? ¿Doscientos? ¿Cuántos? ¿Hasta que los soldados se quedaran sin municiones?

El camino ahora serpentea entre alambradas y sacos de arena, donde los reclutas suelen hacer instrucción. Pirámides de escalada, cuerdas, circuitos de obstáculos..., auténticas máquinas de tortura. No tengo espíritu militar ni tampoco un cuerpo atlético. Soy pequeño, de complexión delgada. Un tísico perfecto, diría alguien con buen ojo. Pasé la guerra en la

retaguardia, tras las líneas, en hospitales de campaña. Noche tras noche, las ambulancias llegaban repletas de heridos, provenientes del frente de Teruel, donde la nieve y la miseria causaban estragos. Desnutridos, con disentería, congelados. Nos faltaba morfina, y muchos sufrían en silencio. Ese hedor a carne podrida, a muerte, a desesperación, todavía lo llevo incrustado en la memoria. Allí aprendí todo, como si hubiera cursado veinte veces Medicina. Pero esto de ahora, esta tarea que tengo por delante, es diferente. Y no puedo evitar sentir miedo.

Además, días atrás hablé con Félix Leiro, teniente médico de complemento como yo, que había estado en el campo de tiro unas semanas antes. Había regresado trastornado, más blanco que la leche. Y eso que también tiene experiencia de guerra y lo pasó realmente mal en el frente de Asturias. Sirvió como médico de campaña, en primera línea, mucho más expuesto que yo, y se enfrentó solo a las terribles bajas de los soldados, siempre dispuesto a restañar tantas heridas como pudiese. Lo menciono porque es un hombre valiente y seguro de sí mismo. Pero volvió afectado, porque entre el grupo de nueve fusilados había una mujer joven, junto a su marido. El oficial del pelotón tuvo que amenazar a los reclutas para que cumplieran las órdenes y dispararan a matar. Nadie quería apuntar a la mujer, al parecer. Ni tampoco al marido, atados ambos con la misma cuerda.

Lo recuerdo mientras camino con el capitán, que sigue malhumorado y tenso. En el cuartel se cuentan historias de todo tipo, porque lo que ocurre aquí no deja a nadie indiferente.

Avanzamos a buen paso. La tarde es clara y luminosa. Los verdecillos trinan alegres desde las copas de los árboles, y el cielo azul, despejado y sin una sola nube, de una nitidez pura y cristalina, invita al optimismo, como si todo fuera a solucionarse. Es decir, como si la vida, a pesar de todo, continuara. Hay una paz en el ambiente que contrasta con la tensión que siento por dentro y con la dureza de la misión encomendada. La ansiedad ante lo desconocido, el pánico de no saber qué va a suceder. A un lado del camino crece un grupo de amapolas, que se mecen al suave viento de la tarde con una belleza e inocencia que me parecen admirables. Le haría notar al capitán el día tan bonito que hace, pero me da la impresión de que no está para esas cosas. Yo tampoco lo estoy, pero no puedo evitarlo. La vida, por sí misma, es hermosa y aflora en los momentos más inesperados. Como ahora, en estos instantes de angustia y desconcierto.

Aun así, le digo al capitán:

—Esperemos que no nos lleve demasiado tiempo.

Le sorprende un poco mi insistencia.

—Todo dependerá de cuántos sean, teniente —y lee por curiosidad mi nombre, escrito en la guerrera.

En realidad, está claro que le importa bien poco cómo me llamo. También es evidente que no me aprecia, que piensa que soy un medicucho más. No sabe cuánta guerra he vivido.

—Es su primera vez, ¿verdad? —me suelta de golpe, como si aquello fuera un error.

—Sí.

—Todo irá bien.

—La semana pasada fueron muchos. Quizá por eso esta vez sean menos —comento, intentando que diga algo más.

—Podría ser, pero no hay regla alguna. En una ocasión solo fue uno. Nos hicieron reclutar al pelotón para un único condenado. Aun así, dispararon todos los hombres para que nadie cargara con la culpa.

Intento imaginar la escena.

—Y necesitó el tiro de gracia, porque muchos reclutas apuntaron a otra parte. Eso también pasa. He visto de todo. Algún día mandaré fusilar a quienes disparan al aire.

Aprovecho su comentario para preguntarle por el matrimonio de hace unas semanas, el que examinó el teniente Leiro. Por un momento, parece molesto por haberme dado confianza. Se repliega dentro de la coraza de sus galones. Sabe que, si quiere, puede no contestar, incluso amonestarme. También le incomoda que en el cuartel se comenten esas cosas. Lo veo mascullar para sí mismo, como si luchara contra sus propios fantasmas. Me arrepiento de haber preguntado.

Entonces, me advierte, algo tenso:

—Si quiere que todo pase rápido, cuanto menos sepa de los condenados, mejor. Lo que pasa en el campo de tiro, se queda en el campo de tiro... ¿Me entiende?

Asiento con la cabeza. Como respuesta, añado:

—Debe de ser difícil...

Delante de nosotros, una abubilla se posa en medio del camino. Nos mira de reojo, con un punto de

impertinencia, y al poco levanta el vuelo, como una estrella color canela. No sé por qué, pero me parece un mal presagio. En todo caso, no puedo evitar admirar, aunque sea fugazmente, su peculiar belleza.

—... los tiros de gracia —añado.

El capitán me mira de nuevo, esta vez de soslayo. Y, bajando el tono de voz, concluye:

—Aquello fue una auténtica mierda, si es lo que quiere saber. Pero todos hicieron su trabajo, como todos hoy haremos el nuestro.

Cuando llegamos al campo de tiro, ya nos está esperando el camión con los condenados. El capitán se acerca y habla con la pareja de la Guardia Civil. Están impacientes y dicen que ya era hora. Entre nosotros se genera una cierta expectación. ¿Cuántos serán? Los reclutas ya han descubierto que el ejercicio de tiro no será sobre dianas, y los murmullos crecen entre ellos, incómodos y nerviosos. En realidad, ya les había extrañado que los convocaran una tarde de sábado. Ahora todo está claro. No es un sábado cualquiera. Han venido medio engañados, y algunos lamentan haberse presentado voluntarios.

Por fin bajan los condenados del camión. Respiro al ver que solo son cuatro. La semana pasada, el teniente médico José Villodres tuvo que inspeccionar los cadáveres de diecinueve ajusticiados. Si hubieran sido cincuenta, también habría tenido que examinarlos él solo, enfrentándose a aquel espectáculo de charcos de sangre, sesos y tripas. Solo en dos meses se ha fusilado a más de sesenta condenados, que se dice

pronto. También noto un gesto de alivio en las caras de los reclutas. Quizá ahora piensen que hicieron bien presentándose voluntarios, que eso les valdrá algunos días de permiso. Vienen, disparan y se van a tomar unos vinos. Algunos completan la jornada con una rápida visita al burdel. Estoy a punto de decirles algo, alguna palabra de ánimo, pero me contengo. Son jóvenes, y hay que mantener la disciplina. Vuelvo a pensar en el teniente Villodres, un buen y distinguido nefrólogo con quien trato con frecuencia en la enfermería, que se encargó él solo de tantos cuerpos, y respiro profundamente. También pienso en el teniente Leiro, que reconoció a aquel matrimonio cogido de la mano. Por suerte, hoy solo son cuatro, y pronto estaré de vuelta en el cuartel. Y, si todo va bien, cenaré en casa.

Vuelve el capitán. Su semblante ha cambiado, ahora parece más tranquilo, incluso satisfecho.

—¡Tiene suerte, teniente! Solo son cuatro.

Se dirige a los reclutas, ordenándoles que se dispongan en formación.

Antes de retirarse, aún me dice:

—Quédese aquí, en segundo plano. Ya vendrá cuando todo haya terminado.

Sí, mucho mejor, pienso para mis adentros. Siento un gran alivio, como si la angustia que me había invadido antes hubiera sido injustificada. Todo será rápido y sencillo. Entonces me fijo en los condenados. Caminan atados de pies y manos. Son todos hombres mayores, salvo uno más joven, que rondará la treintena. Eso también me tranquiliza: no hay ninguna mujer ni ningún muchacho imberbe. Es

inevitable anticipar lo peor, imaginarse expuesto a situaciones extremas. Pero no parece el caso: son hombres hechos y derechos, todos mayores. Me pregunto cuáles serán sus crímenes para merecer esa pena definitiva.

Uno de ellos destaca por su altura, a pesar de caminar cabizbajo y algo encorvado, arrastrando los pies. Lo observo con atención, aguzando la vista cuanto puedo. Los verdecillos cantan como nunca, como si acompañaran su paso vacilante y torpe. La naturaleza sigue su curso, completamente indiferente a lo que está por suceder, pienso por un momento. Incluso me sorprende el contraste. Una hermosa tarde de mayo, llena de luz y vida. Las golondrinas y los vencejos planean en el cielo azul intenso, ahora matizado por alguna nube dispersa. Dedico unos segundos a contemplarlos, dejándose llevar por las corrientes de aire, con las alas en plena tensión. Pequeños puntos negros casi imperceptibles en la vastedad del cielo. Verdaderos atletas de la naturaleza, me digo.

Vuelvo a fijarme en aquel hombre. Ha levantado la cabeza y también mira al cielo. Tal vez piense, como yo, que es una tarde bellísima. Entonces, lo reconozco.